

DAVID



El comedor está tapizado de amarillo. No sólo los muebles. También el teléfono, los cuadros, los libros. Tiene el olor agrio y ensimismado de los lugares sin ventilación. Aunque es mediodía, la ventana está cerrada y la persiana bajada. Estamos sentados en tres butacas alrededor de la mesa camilla, bajo un fluorescente desgano. David dice: La piel que hay debajo de mis ojos se junta con mi nariz de un modo extraño. Habla como si no se dirigiera a nadie en particular, con la cabeza gacha y el cuerpo encogido dentro del pijama. La madre, frente a él, se limita a suspirar cada pocos segundos. Aparte de la barba descuidada de tres días no destaca nada en el rostro de David. Sus ojos están despiertos y limpios. Acaba de cumplir veinticinco años y hace cuatro que no sale de casa. Sin embargo hoy puedo decir, asegura con un tono de voz plano, que, tras un gran esfuerzo por asimilar mi interior, he logrado entender el espacio exterior: hay una distancia, un único color, un orden. El problema es que estamos rodeados de detalles. Hay demasiados detalles. David deja de hablar, clava la vista en sus zapatillas. Ha dicho lo que tenía que decir y ahora le molesta mi presencia. Me levanto, me pongo el abrigo y la bufanda. La madre de David me acompaña a la puerta. Le pregunto si no le extraña que haga tanto tiempo que David no sale a la calle. Bueno, dice resregándose las manos en la falda, siempre ha tenido sus cosas.

A la semana siguiente, David, de pie junto a su madre, me muestra el largo pasillo amarillo junto al comedor. Aquí estoy protegido, dice. Mide algo con la mirada. Enfoca. Señala la luz desabrida de la única bombilla que pende del hilo que alumbraba el pasillo. ¿Ves?, dice, esto es un detalle. Un detalle inquietante. Pero al menos sólo es uno. La luz está siempre encendida. No puedo apagarla porque entonces no podría pasear. Para de hablar abruptamente y se pone a caminar adentrándose en el pasillo. Un, dos, tres, cuatro. Va muy tieso y anda con aire marcial. No mueve el cuello ni los brazos, sus pasos tienen la rigidez metálica de un robot. La luz se alarga más allá de la bombilla e invade las paredes rodeando a David y encerrándolo en sí mismo. Se da la vuelta. Ocho pasos más. La madre contempla la escena apoyada en el dintel de la puerta del pasillo. Mi niño, dice.

La madre sirve dos tazas de té junto a una bandeja con bocadillos de jamón y queso. A ver si comes algo, le dice a David. Luego desaparece en la cocina. David, hundido en la butaca sin probar bocado, me cuenta que muchas veces no sabe quién es. Sobre todo, no sabe cómo es. Si queda bien o no, físicamente hablando. Además, no sabe para dónde mirar, porque si mira para abajo ve más cosas que las que hay allí abajo, si mira arriba ve los laterales y si mira a un lateral también ve el centro. Mientras habla mueve las órbitas de los ojos en la dirección descrita. Y con frecuencia le resulta muy difícil decidir qué palabras utilizar en nuestra conversación. Di lo que quieras, lo animo. Manifiesto cambios endógenos inespecíficos subjetivos que chocan con mi entorno. Vaya, digo. Me recompongo de inmediato, las personas encerradas mucho tiempo en el mismo lugar se vuelven hipersensibles a los estados emocionales de los demás. Él se sume en esa especie de estupor que lo deja en blanco unos instantes.

Luego, sin previo aviso, se lanza de nuevo a hablar. Me cuenta que durante un tiempo todo tenía que formar un conjunto armónico: los abrigos en el armario, los champús en la estantería del baño, los folios sobre la mesa. Agobiado por la falta de orden de lo doméstico, un día huyó a la calle. Pero en la calle el caos era completo. Pasaban grupos desorganizados de personas que no formaban un conjunto. Las farolas y árboles estaban colocados de cualquier manera, las losas del pavimento no armonizaban entre sí y no había lógica alguna en la disposición de los coches. También pensó que lo miraban mal debido a la deformidad que creía tener en la cara. Esa fue la última vez que salió de casa. Ahora David vuelve a enmudecer. Algún día podríamos pasear juntos por el pasillo, digo. David se queda pensativo, tarda en asimilar lo que le estoy diciendo. Tendrías que avisarme con tiempo para organizarme el sueño, dice. Duermo un día sí y un día no. No es una secuencia fácil, no creas, he tenido que practicar mucho y tomar litros de café para conseguirlo. Pero soy una persona consecuente. Si decido dormir, duermo. Si decido no dormir, no duermo. Lo normal es dormir cada día. ¿De verdad?, dice muy sorprendido. No lo sabía. Además, digo, ¿cómo sabes si es de día o de noche? Se encoge de hombros. Si me interesara saberlo se lo preguntaría a mi madre, ella me lo explicaría.

Para estar en forma David se entrena andando solo muchas horas antes de verme. Luego paseamos juntos pasillo arriba, pasillo abajo. He logrado que, cuando voy a visitarlo, pueda alzar la persiana de la ventana del comedor. A pesar de la luz que entra en el piso, la bombilla del techo del pasillo siempre está encendida. Al principio a David le costaba sostener mi presencia. Decía: Hemos caminado tres minutos. Exactamente tres, ya puedes irte. Le agobiaba mi proximidad.

Ahora aguanta un poco más. Me gusta andar junto a él. No vamos a ningún lado, no buscamos nada. Aunque caminamos en paralelo algo de él va a mi encuentro y algo de mí va al suyo. Cuando me marchó de su casa la luz de la bombilla artificial y un rastro amarillo permanecen largo tiempo en mi interior.

Hoy he tenido un día intenso. Primero he visitado a un paciente cuyo padre falleció hace un mes. Cuando llora es porque tiene miedo de morirle él. Después he conocido a una anciana que apareció en urgencias de psiquiatría con un vaso de leche para pedir por favor que la analizaran porque creía que estaba envenenada. Luego he ayudado a otro paciente con sus problemas de higiene. Hemos llegado a un acuerdo. Limpieza de dientes una vez al día. Tres duchas semanales. Cambio de ropa dos veces a la semana. Por la tarde he ido a la casa de una mujer que nunca quiere abandonar el edificio donde vive. Cada día sale a hurtadillas del piso con su abrigo en la mano, toma el ascensor, llama a cualquier vecino, dice: Perdone, ¿podría ayudarme a ponerme el abrigo? Da las gracias de modo muy educado, coge de nuevo el ascensor y vuelve a encerrarse en casa con el abrigo puesto.

Me encanta mi trabajo. Disfruto mil veces más trabajando en la calle que en el claustrofóbico marco de un despacho. Me gusta acompañar en las actividades de la vida cotidiana, en la riqueza de los espacios no institucionalizados. La vida al aire libre ofrece infinitas posibilidades terapéuticas: colores, movimiento, personajes, escenarios, texturas. Mis herramientas: exposiciones de arte para conversaciones de perfil y rebajar el amenazante cara a cara. El romper ensimismado de las olas en la playa para darle un tono tranquilo y más cercano al diálogo. Platos guisados en una cocina para que lo concreto —el filete, las lentejas, las patatas fritas, los toma-

tes, el pan— ancle las palabras. Partidas de ping-pong en el parque porque es muy difícil seguir los botes nerviosos de una pelota y la tristeza a la vez.

La luz del invierno ha desembocado de golpe en la primavera y comienza a recuperar parte de su voltaje perdido. Por la mañana un sol desprezado entra en el comedor de David y dibuja en el pasillo charcos de claridad sobre el amarillo. Por la tarde los últimos reflejos dorados entran en la sala y se alargan pasando por las paredes, por el suelo, por nuestros cuerpos. He perdido la cuenta de los días, semanas, meses que David y yo hemos estado paseando juntos por el pasillo. Peter Handke dice que cada forma es lenta, que cada forma es un rodeo. Ese lugar de rara belleza que es la lentitud del mundo de ellos. Una especie de tiempo suspendido como antídoto contra el veneno del tiempo ferozmente fugitivo. Cuánto lo disfruto. Ante la aceleración e hiperactividad que no tolera ninguna extensión dilatada, ellos son unos resistentes, unos supervivientes a la implacable dictadura de la velocidad. Como ellos, yo tampoco tengo prisa. Yo también soy lenta y, por así decirlo, cuido de mantenerme un poco lenta para ellos.

El día en que voy a buscar a David para salir juntos por primera vez a la calle sólo sale a recibirme la madre. No me invita a entrar. Aunque cordial, su cuerpo se alza como un muro entre la casa y yo. Lo siento, dice, David está dormido. Se puso muy nervioso cuando le propusiste ir a la calle. Se pasó dos días seguidos sin dormir, diciendo que no entendía la necesidad de adentrarse en la intemperie. Insistía en que si lo hacía se perdería en la maleza de la ciudad. Que se desbarataría el orden que tanto le había costado alcanzar o algo por el estilo. Ya sabes cómo es, concluye. Luego hay un si-

lencio. Después del silencio, detrás de sus ojos, un destello de reprobación. Escucha..., dice, nosotros no estamos tan mal. Para ti David es uno más. Trabajas, te vas a casa. Yo soy su madre y me paso el día entero con él. Hago lo que puedo. Y estoy agotada. No me lo pongas más difícil.

En el metro, leo. Busco, dentro de las páginas, un punto de inmovilidad en un mundo que gira sin descanso. En el libro una madre escribe sobre la enfermedad mental de su hijo. ¿Por qué, se pregunta, no podía ser feliz? Pienso en todos los gestos, palabras y cuidados que asoman bajo la frase. Anda, come. Intenta descansar. Péinate. Pienso en la madre de David, en todas las madres de los pacientes. Esquizofrénicas en su estilo afectivo. Contradictorias en el modo de comunicar. Fállicas en el control. Con Alta Emoción Expresada. Hostiles, sobreprotectoras, intrusivas, hipercríticas, desbordadas, pesadas, histéricas. Las que abarrotan las salas de los grupos familiares. Las que acuden a las entrevistas cuando se las cita. Las que lo intentan y se confunden y se equivocan. Las que quieren cuidar y proteger. Las que sufren pero temen. Si se ha insistido tanto en su culpa, ¿por qué no subrayar su quehacer civilizador?

Hoy la madre lleva un chal ligero sobre los hombros. Nos sirve café en tazas de plástico amarillas. David, ausente, se ha retirado a su reino interior. Tiene los ojos brillantes, un poco erráticos, el semblante más huidizo de lo habitual. Durante tres semanas no ha querido pasear y apenas me saluda. No hablamos mucho y se marcha a su habitación. La madre me muestra un álbum de fotos. David nos contempla desde el espacio mítico de la infancia. Un niño de ojos traviesos montando un castillo de lego. David sonriendo a la cámara subido a un triciclo. La risa de David iluminada por las velas



vacilantes del pastel de su décimo cumpleaños. Me pregunto qué pasó entre el David niño y el de ahora. Un niño normal, dice la madre como si adivinara mis pensamientos, incluso popular. Mira qué felicidad hay en su rostro. Los ojos de la madre se ensombrecen. Luego, no sé, poco a poco fue hundiéndose, volviéndose hacia adentro... La voz se le quiebra. Debe de haber sido muy difícil sacar a un hijo adelante, interrumpo, usted sola. Me mira largamente. ¿Qué hará David cuando yo no esté?

La madre nos acompaña por el pasillo hasta la puerta de entrada de la casa. Antes de abrirla, repasa a su hijo de arriba abajo. David, recién afeitado, huele a after shave y lleva zapatos negros bien lustrados, pantalones de tela, un jersey ligero, la raya en medio del pelo. Limpito y peinadito, dice la madre, como le gusta a su mamá. Luego la madre toma aliento, suspira y se despide de él como si el hijo se marchara a la guerra. Abre la puerta y lo empuja con suavidad escaleras abajo. Ve, hijo, dice con la voz temblorosa, anda, ve.

Bajo este atardecer excesivo y vertical la ciudad parece inmensa. En el portal de su casa, David, acostumbrado a la visión corta, entorna los ojos como hacen los presos al salir de una cárcel y mira alrededor con expresión de desvalimiento. ¿Cómo lo hago?, me dice. Igual que en el pasillo, digo, primero un pie, luego otro. Comenzamos a bajar la calle. David no sabe muy bien qué hacer con su cuerpo. Va arrinconándose contra la pared. A ver, tú te pones a un lado y yo al otro, ordeno. Parece que mi voz firme, segura de lo que estamos haciendo, lo tranquiliza. Practica, tantea, avanza. Camina con los hombros encogidos, el cuerpo un poco hundido, brazos y piernas agarrotados. Olvidados por unos instantes sus temores, contemplamos cosas. Para mí los objetos

—farolas, letreros, tiendas, edificios, arriates, autobuses— forman parte de un paisaje natural y tan integrado que rara vez soy consciente de él. Para él es distinto. Las bicicletas, la gente que camina, una fuente, todo parece verlo por primera vez. Yo intento mirar como él, con él. Es fantástico. Como si los objetos hubieran recuperado su primigenio poder de seducción, su misterio. Miramos cosas de cerca y de lejos. Le fascinan los contenedores de colores de las basuras. Amarillo para el plástico. Verde para el cristal. Azul para el papel. El foco cambiante de las luces del semáforo. Las papeleras metálicas. De vez en cuando David me dirige una ligera sonrisa. Muy leve, casi nada. Apenas un movimiento imperceptible de los ojos.

Una vez a la semana damos una vuelta entera a la manzana. Hasta que un día en que ya conocemos todos los detalles y nos sentimos inusualmente seguros, David, mirándome a los ojos, me pide que repitamos. Apoyado en la verja de hierro del portal de su casa, erguido, con una determinación nueva, me pide que volvamos a dar la vuelta a la manzana. Lo hacemos. Como si estuviéramos en una novela de Don DeLillo bajamos la calle, doblamos la esquina, andamos recto, giramos a la izquierda, subimos hasta el final, damos la vuelta, regresamos al punto de origen. Volvemos a bajar por la misma calle, giramos, avanzamos. Aunque no tenemos ningún objetivo nuestros pasos siguen un perímetro constante. Recorremos la misma manzana una y otra vez. David me dice que hoy la historia por fin descansa en su propio orden infalible, que hay un ajuste cósmico mundial. Para mí es distinto, aunque no menos mágico: como un mantra, la repetición dota a la calle de un aura de paz que nada puede perturbar. Respiro hondo, me emociono.